

KNUT HAMSUN

Soñador y traidor

INGAR SLETTEN KOLLOEN

El poeta noruego Knut Hamsun (1859-1952) ha pasado a formar parte de la literatura universal con libros como *Hambre* [*Sult*], *Misterios* [*Mysterier*], *Pan* [*Pan*], *Victoria* [*Victoria*] y *La bendición de la tierra* [*Markens gode*], por la que recibió el premio Nobel. Un niño pobre de una zona periférica de Europa, con tan solo 252 días de escolarización, logró influir en varias generaciones de escritores. “Es el Dickens de mi generación”, comentó exultante Henry Miller. “Nunca nadie ha merecido tanto el premio Nobel”, afirmó Thomas Mann. Por su parte, Herman Hesse denominó a Hamsun “Mi escritor favorito”. Isaac Bashevis Singer dijo de él: “Con su subjetivismo, su impresionismo y la utilización de la retrospectiva, además de su lírica, Hamsun es, sin duda alguna, el padre de la literatura moderna universal”.

Pero Knut Hamsun pasó a engrosar las filas de artistas e intelectuales que decidieron apoyar un sistema político totalitario. Su todavía activa mano de escritor se alzó en honor a Adolf Hitler. Hamsun abandonó su universo poético para penetrar en el drama mundial y, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, fue juzgado y condenado por sus actividades políticas. El mismo día en el que recibió la sentencia, ese anciano de ochenta y nueve años garabateó la última frase del manuscrito que se convertiría

en su último libro, *Por los senderos donde la hierba crece*: “San Juan 1948. Hoy el Tribunal Supremo ha emitido el veredicto y yo pongo punto final a mi obra”. Hasta aquí, hasta ese punto final llegó el genio que cambiaría la literatura universal y el político juzgado por traición a su patria. Pero ¿cuándo empezó todo?

1. El Premio Nobel

Knut Hamsun fue galardonado por la Academia sueca con el Premio Nobel de Literatura el jueves 11 de noviembre de 1920. Al día siguiente, la noticia fue portada en todos los periódicos escandinavos y alemanes. El primero en telefonar ese viernes a Nørholm, donde todavía no había llegado la prensa, fue el director del diario local de Grimstad. Como todas las mañanas cuando estaba en su casa, Hamsun se encontraba sentado y solo en el comedor ante una bien surtida y adornada mesa de desayuno. El montón de telegramas y cartas creció rápidamente, algo que también ocurrió con la cuenta del banco.

La votación de la Academia Sueca no había tenido problemas en esta ocasión. Pero mientras que en países como Francia e Inglaterra, los lectores hacían una mueca preguntándose unos a otros quién era realmente ese Hamsun, tanto en Alemania como en los países nórdicos los aplausos sonaron con fuerza porque su

obra, en esos países, era sobradamente conocida.

Cada vez le apetecía menos viajar a Estocolmo. Posiblemente lo que más temía era el hecho de enfrentarse a sus propias ideas. Se había mostrado terriblemente mordaz en cierta conferencia afirmando que «los libros de esos maestros de la literatura, que durante años nos han estado engañando, por no utilizar una expresión más precisa, y que tanto nos han decepcionado a todos, son libros que salen de manos temblorosas, escritos por autores ya ancianos que lo hacen sin fuerza y con el ánimo vacío.

¿Qué podía decir ahora? Él que tanto había insistido en defender que el escritor no es un ciudadano con domicilio fijo, no es un contribuyente normal sino un alma errante, familia de organilleros y demás vagabundos sin pasaporte, sin alquileres ni pago de impuestos; el escritor no es alguien que revenda su talento. ¿Debería vestirse de frac, saludar a derecha e izquierda? ¡Él, que tanto había defendido la idea de que esta muestra de admiración con su grandilocuencia tan solo lograba dañar la sana capacidad de juicio de la juventud!

La ceremonia tuvo lugar en la sala de *Musikaliska Akademien*. Hizo entrega de las medallas el príncipe Carl, quien apareció en la tribuna de oradores acompañado por las princesas Ingeborg y Märtha. Los ganadores se situaron

detrás de la tribuna sobre un podio, mientras que Marie y las demás esposas de gente ilustre permanecían sentadas en un lugar destacado de la sala. Cuando el presidente del Comité Harald Hjärne sube al estrado de oradores para argumentar las razones del voto de la Academia, Marie sigue con mirada atenta y angustiada a su marido y observa la cara de póquer del galardonado.

Finalmente desciende del podio, recibe la medalla y el cheque, saluda antes de regresar a su puesto entre aplausos. Marie ya puede empezar a preocuparse por el paso siguiente, el banquete y el discurso de agradecimiento que tendrá lugar durante la cena.

Brindan, charlan y leen sus discursos y cuando le llega el turno al premio Nobel de Literatura, se pone en pie entre fuertes aplausos. No hay ni un gesto que delate esos desgastados nervios, motivo de sus quejas diarias, y tampoco parece intranquilo. Extrae un folio que lleva guardado en uno de los bolsillos interiores pero al comenzar su discurso no se limita a leer lo que previamente ha escrito en el papel. Desde las primeras palabras, Marie es consciente de que está intentando hacer algo poco frecuente en él, algo que evita tanto en la vida diaria como en la literatura, es decir, mostrarse tal y como es. La voz, la imagen, la situación, todo eso ayuda, y observa cómo ante esas prime-



Knut Hamsun

ras palabras ya hay quien busca un pañuelo; minutos más tarde un diplomático sueco, sentado a su derecha, se seca las lágrimas. Marie se relaja, reafirmando en algo de lo que en su interior nunca ha dudado: Knut Hamsun vencerá en esta ocasión y se superará a sí mismo una vez más.

2. El ascenso del nazismo

Nunca había tenido Knut Hamsun mejor situación económica. A comienzos de 1925, la agencia tributaria calculó su fortuna en una prudente cifra de 419.000 coronas. Tenía unos ingresos increíbles. El premio Nobel le abrió puertas en editoriales de otros países

y el mercado de los lectores se ampliaba continuamente. También creció la venta en América: *La bendición de la tierra* con 18.010 ejemplares, *Hambre* con 14.693, *Pan* 8.966, *Soñadores* 4.696, *Tierra Nueva* 3.086 y todo ello en el transcurso de medio año. Descontados los salarios de agentes e impuestos, sus honorarios eran de 84.000 coronas.

Sin embargo ni el premio Nobel ni su fama mundial parecían impresionar a los británicos. Durante ese mismo período, a comienzos de 1925, mientras las ventas en América ascendían a 130.000 coronas, los ingresos de todas las ventas realizadas en el im-

perio en el que nunca se ponía el sol tan solo alcanzaba 2.000 coronas. Mientras unos 30.000 americanos adquirían la novela del premio Nobel en un período de medio año, apenas 2.000 británicos compraban *La bendición de la tierra* y tan solo unos pocos cientos de británicos tenían interés por su libro *Pan*. Cuando esa lamentable cantidad de libras, chelines y peniques llegaban a su poder, se dedicaba a controlar las cuentas, y anotaba él mismo las cifras de los pagos en los sobres. Mucho más no podía hacer para suavizar el escozor de semejante bofetada porque, resumiendo, ¿vendía más libros en la pequeña Ho-

landa que en todo el Imperio Británico! En septiembre de 1925, recibió un cheque por un total de 108.933,13 coronas, que era la cantidad que le correspondía por la venta de sus libros en diversos países, si bien tan solo dos o tres mil coronas provenían de compradores británicos.

Los ingleses no eran sensibles a la prosa de Knut Hamsun y, por el contrario, los alemanes nunca parecían tener suficiente. Continuamente recibía noticias sobre nuevas ediciones alemanas; sus *Obras completas* se vendían muy bien y el teatro alemán representaba continuamente sus obras, algo que aparentemente confirmaba que los alemanes no se cansaban de Hamsun. Mensualmente enviaban a una de sus oficinas noruegas una cantidad equivalente a 1.200 nuevos marcos de oro, demostración de esa normalización que se estaba llevando a cabo en la vida social alemana.

No se trataba de un pueblo oprimido, de mendigos, a punto de levantarse de nuevo, sino de una nación alemana profundamente dividida. A pesar de que todos aquellos políticos ofrecían soluciones extremas, ya no tenían la misma audiencia entre la población que años atrás. En las elecciones al Parlamento Nacional que tuvieron lugar en otoño de 1924, los partidos ultranacionalistas tan solo lograron el tres por ciento de los votos.

Tanto la política conciliadora frente al poder del vencedor, el ministro de Asuntos Exteriores, Gustav Stresemann, como los planes de Dawes al inyectar el dólar en la economía alemana comenzaron a dar resultados y disminuyó el temor de las autoridades ante los extremismos de izquierda y derecha.

El 20 de diciembre de 1924, el tribunal decidió dejar en libertad a uno de los prisioneros políticos que, pasado el tiempo, sería uno de los nombres más conocidos: Adolf Hitler. Al finalizar la guerra, en 1918, el cabo de veintinueve años, había resultado gravemente herido. Los médicos le habían liberado de la angustia de quedarse ciego, pero de su sueño juvenil de convertirse en artista o arquitecto se había liberado él solo. Abandonó el hospital con la completa confianza de que las fuerzas del destino le habían designado para un objetivo superior. Estaba destinado a curar a la nación alemana.

En Múnich había frecuentado ambientes hostiles a los republicanos, a la democracia, a los judíos y a los izquierdistas. Hacia finales de invierno de 1924, él, junto con otros golpistas, había comparecido ante los jueces de Múnich, todos ellos acusados de alta traición. Le habían condenado a cinco años de arresto en una fortaleza. Precisamente fue allí en donde, inspirado por una corona de laurel que colgaba de una de las paredes de la sala comunal de la fortaleza de Landsberg, en Múnich, comenzó a escribir su manifiesto político, *Mein kampf*.

Adolf Hitler no había cumplido ni un año de su condena cuando fue puesto en libertad. El ministro del Interior profetizó que Hitler correría hasta morir, mientras otra voz im-

portante afirmaba que la bestia había sido domada. El mismo golpista prometió llevar a cabo la revolución, pero con la ley en la mano. Hitler había aprendido que la democracia tenía que votarse hasta su muerte y, para vencerla, necesitaba enviar un caballo de Troya al mismo corazón de la misma, con una explosiva mezcla de terror, promesas, miedo y esperanza.

No quería contentarse con restablecer las fronteras fijadas antes de la guerra. «Empezaremos allí donde terminaron hace seiscientos años. Frenaremos la eterna expedición germana hacia el Sur y el Oeste de Europa, vamos a dirigir nuestra mirada hacia los países del Este. Terminaremos con las políticas coloniales y mercantiles de antes de la guerra y daremos paso a futuras políticas agrícolas», eso era al menos lo que había escrito en *Mein Kampf*.

Knut Hamsun, durante el tiempo que duró la guerra, había exigido precisamente lo mismo en nombre del pueblo alemán. Sentía la santa añoranza de la tierra, del mismo modo que la habían sentido sus padres, esa añoranza que lleva a perseverar y a sacrificar lo que sea necesario.

La transformación social de Alemania, tanto técnica, económica, como a nivel individual, se llevó a cabo más rápidamente que en otros países de Europa. Muchos alemanes alentaban cierta aversión contra ese mundo moderno con tan poco margen para el romanticismo. Las novelas de Hamsun expresaban cada vez con más fuerza ese malestar y la añoranza de tiempos pasados. Desde su editorial de Múnich los libros eran enviados por toda Alemania, por Austria o a gentes de Suecia y de otros lugares de lengua alemana. Aumentaba cada vez más el

número de alemanes para los que el escritor noruego resultaba profético; en sus libros mostraba su oposición frontal a esos nuevos tiempos.

3. La entrevista con Hitler

Nadie, ni tan siquiera Goebbels, podía prometerle a Hamsun o a sus intermediarios algo más que su esfuerzo para convencer al Führer de que le recibiera, pero Goebbels debió de expresar esta reserva de tal manera que a Hamsun le pareció una promesa. De lo contrario, sencillamente no habría viajado dos veces a Alemania.

Goebbels habló con Hitler sobre Hamsun el jueves 24 de junio de 1943, fecha en la que obtuvo la confirmación. Lo mismo ocurrió con el líder en Viena, Baldur von Schirach, gran admirador de Hamsun, precisamente uno de los que le habían teleografiado a Nørholm en su octogésimo cumpleaños. Cuando von Schirach le sugirió al Führer lo interesante que podría resultar celebrar una entrevista con Hamsun, la respuesta del Führer no fue del todo positiva, o al menos eso fue lo que anotó un secretario.

El sábado 26 de junio de 1943, antes del mediodía, Otto Dietrich, Egil Holmboe y Knut Hamsun viajaban en coche en dirección a Aspern, en donde un avión privado de Hitler, un Focke-Wulf 200 Condor, estaba preparado. Hicieron el recorrido en tres cuartos de hora, a 345 kilómetros por hora, mientras Dietrich le gritaba al oído los nombres de las imponentes montañas que iban viendo. Llegado el momento de hacer una pausa, Hamsun se tomó una enorme copa de cognac. A continuación recorrieron los escasos quince kilómetros restantes hasta Berghof

en un enorme Mercedes. También en esta ocasión iba sentado Hamsun en el asiento del copiloto. Herman Harris Aall no había sido invitado, así que los organizadores del encuentro pensaron que sin la asistencia del amigo de Quisling, experto en Derecho Internacional, había muchas posibilidades de que esta entrevista resultara una simple visita de cortesía.

La audiencia concedida a Hamsun para reunirse con Hitler llegaba en el peor momento imaginable en la vida del Führer. Dos años antes, hacia mediados de verano, había ordenado el ataque de sus tropas a la Unión Soviética. Durante el último verano, el Tercer Reich había logrado un gran éxito en la ocupación del territorio, la cruz gamada ondeaba en tres continentes y la ocupación alemana se había extendido a veinticuatro países europeos. A finales de enero de 1943, Roosevelt y Churchill se reunieron en Casablanca para hacer pública su exigencia de una rendición incondicional.

El anciano de ochenta y tres años que iba ahora al encuentro de Hitler todavía arrastraba las secuelas de un infarto cerebral sufrido catorce meses antes, estaba sordo y su mano derecha se movía incesantemente. Por su parte el hombre de cincuenta y cuatro años que recibiría al anciano, estaba en peor forma física. Hitler tomaba antidepresivos, además de una docena de medicamentos que le facilitaba el médico, no toleraba la luz intensa y tenía problemas de equilibrio. Uno de sus biógrafos describe a Hitler durante ese período:

“Con las derrotas había desaparecido su aureola y su estilo personal tan lleno de energía, aparecía cansado y encorvado, se movía por el escenario

de su cuartel general cojeando ligeramente de una pierna, la mirada apagada, su rostro había perdido lustre y le temblaba la mano izquierda. Era la imagen de un hombre en franca decadencia física, un ser amargado y, como él mismo reconoció, estaba aquejado de melancolía”.

Hamsun entró en el amplio vestíbulo de Berghof donde fue recibido por un servicio uniformado. No tuvo que esperar mucho tiempo antes de que el anfitrión hiciera acto de presencia; posiblemente todavía alcanzó a ver la inscripción sobre la puerta del cuarto donde Hitler les introdujo: “Mi honor es lealtad”. Hasta aquí le había traído a Knut Hamsun su naturaleza de soñador y su espíritu de conquistador. Se dieron la mano.

—Me siento muy vinculado a usted, claro está que no por completo. En cierto modo, mi vida y la suya se parecen mucho— dijo Hitler al iniciar la conversación y después de preguntarle a su invitado por su sistema de trabajo cuando escribe. A él personalmente le gustaba hacerlo sobre todo por las tardes, aseguró.

El Führer recibe al poeta en su lugar de trabajo, ante un ventanal de diez metros de ancho y ante el que se ha situado una mesa de trabajo de seis metros de largo. Las paredes pintadas de blanco van decoradas, a una altura de medio metro, con un panel de alerce, mientras que para el techo se ha utilizado el roble oscuro. Acompaña a Hamsun y a Holmboe hasta un grupo de sillones del salón y allí se acomodaron cerca de la ventana. Se sirvió el té.

Hitler aceptó la petición de Hamsun para que Holmboe, que había sido presentado como Consejero de la delegación, actuara de intérprete. El intérprete, Ernst Züchner, abandona supuestamente la ha-

bitación, aunque en realidad se queda detrás de las cortinas y junto con una de las secretarías de Hitler, Christa Schroeder, se dedica a tomar nota de todo lo que allí se dice. Mientras tanto, Otto Dietrich y Walter Hewel, uno de los hombres de Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores, que pertenece a la plantilla de Hitler, toman asiento junto a una mesita próxima al grupo del salón.

El político quería hablar de literatura pero Hitler se dio cuenta enseguida de que el poeta quería hablar de política, una vez que Hamsun, después de ratificar su fe en Alemania, comenzó a hablar de la política de ocupación.

—Sternesen, el Presidente de la Asociación de compañías navieras noruegas, ha solicitado al Comisionado del Reich que le deje las manos libres en lo referente al tráfico marítimo y a los astilleros. El Comisionado del Reich no tiene conocimientos sobre este tema; incluso ha llegado a burlarse de los noruegos diciendo que podían navegar por el Báltico y por sus propios lagos.

Así que Hitler tuvo que explicarle a su invitado que, lamentablemente, en períodos de guerra no era posible el tráfico marítimo de ultramar.

—Pero el Comisionado del Reich piensa seguir en esta misma línea después de la guerra— le respondió el anciano.

Hitler deseaba sacar partido de las personas que le visitaban; ese contacto directo siempre le había dado energía. Posiblemente se había imaginado que el poeta le serviría de inspiración para animarse hablando sobre la genialidad, puesto que este era un tema que le interesaba. Pero aquel noruego, que según Goebbels era un gran escritor épico, no estaba evidentemente dispuesto

a hablar de poesía, ni de arte ni de genialidad. Motivo por el cual, Hitler intentó poner punto final al tema del tráfico marítimo y a la política de ocupación, haciendo constar claramente que en ese momento no era posible decir nada concluyente sobre el futuro. Pero el anciano no dejó que le desviaran del tema.

—De acuerdo, pero esto se le ha dicho a Noruega, la tercera potencia naval a escala mundial. Además, el Comisionado del Reich ha afirmado en diversas ocasiones que en un futuro ¡no habrá nada que se llame Noruega!

Primero fue el ataque a Terboven y ahora esto. En los planes de Hitler no entraba la posibilidad de abandonar Noruega. Las numerosas propuestas de Quisling, asegurando que los noruegos podían hacerse cargo de la defensa de Noruega, habían resultado una idea fija que no se le iba de la cabeza al Presidente del Consejo de Ministros. Ya a comienzos de 1941 les habían encargado, tanto a Albert Speer como a los responsables de Marina, construir en Trondheim un espacio suficiente para alojar a unas 250.000 personas. Pensaban convertir la ciudad en el principal centro de apoyo y asegurar el control de costas y tráfico marítimo a lo largo de la costa atlántica del Tercer Reich. Decidió interrumpir a Hamsun utilizando el mismo sistema con el que había logrado silenciar a Quisling.

—Bien, pero Noruega, al contrario que otros países ocupados, tiene su propio Gobierno.

—¡Pero si todo lo que ocurre en Noruega lo decide el Comisionado del Reich!—respondió Hamsun mientras continuaba relatando que el Comisionado del Reich no hacía otra cosa que

poner dificultades a Hermann Harris Haall, precisamente una persona que había intentado combatir las tendencias probritánicas de sus compatriotas.

El anfitrión estaba a punto de perder la paciencia, algo que percibió Holmboe rápidamente pues, después de traducir las palabras de Hamsun, continuó hablando por cuenta propia. Se lamentaba de que sus compatriotas consideraran traidores a los miembros del partido pronazi Unión Nacional (NS). Holmboe se refería a una antigua propuesta de Harris Aall para nombrar una comisión que demostrara que tanto el Gobierno como el rey habían traicionado al pueblo noruego antes y durante la primera fase de la ocupación. Esto, en su opinión, provocaría un giro en la opinión pública. Además Holmboe solicitaba que Terboven recibiera la orden de permitir el acceso a ciertos papeles que, al parecer, habían resultado inaccesibles, tanto para Harris Aall como para otra gente.

Hitler dejó patente su malestar al ver que el intérprete hablaba por su cuenta y riesgo. Tan explícita debió de ser la amonestación que incluso Züchner tomó nota de ello. Al mismo tiempo, esto le dio la oportunidad a Hitler de empezar, por fin, su ofensiva. Comentó la propuesta del intérprete para que se nombrara una comisión que examinara tanto la conducta del rey como la del Gobierno durante la primavera de 1940. Y entonces ocurrió algo inaudito: el escritor volvió a interrumpir al dictador.

—Los métodos del Comisionado del Reich no encajan con nosotros; los métodos prusianos que utiliza son

insoportables, y además ahí están las ejecuciones. ¡Ya no aguantamos más!

Züchner anotó que Hamsun parecía muy conmovido y se apresuró a registrar algo más: Holmboe no había traducido esta última exclamación, una expresión que contenía una cierta presunción de insurrección o traición. Los dos alemanes expertos en noruego, que permanecían escondidos detrás de las cortinas, seguramente le dieron las gracias mentalmente a Holmboe, porque el anciano noruego estaba a punto, sin duda alguna, de despertar la peligrosa furia del Führer. Tanto Dietrich como aquellos que conocían a Hitler después de permanecer años a su servicio comprobaron cómo este intentaba controlarse y neutralizar al anciano con un inacabable discurso. Era uno de sus temas preferidos: la diferencia entre las autoridades militares y políticas; puso varios ejemplos de hasta qué punto, las tareas de una política de guerra exigían sacrificios tanto en Noruega como en otros países.

Cuando Hitler había empezado a entusiasmarse de nuevo hablando, se produjo otra interrupción.

—Terboven no quiere una Noruega libre sino un protectorado: esa es la perspectiva que nos ofrece.

La interrupción fue seguida de una pregunta directa:

—¿Piensan hacerle volver alguna vez?

Por fin Hitler pudo cerrar el tema Terboven.

—El Comisionado del Reich es un hombre preparado para la guerra, está destinado allí exclusivamente a tareas políticas en tiempos de guerra. Más tarde volverá a Essen, en donde es Jefe Político de Zona.

Entonces ocurrió algo que ninguno de los presentes po-

dría olvidar. Mientras Holmboe traducía, Hamsun parecía estar cada vez más conmovido y cuando iba a responder empezó a llorar.

—No es que nosotros estemos en contra de la ocupación, porque seguramente la necesitaremos durante mucho tiempo, pero este hombre destruye para nosotros más de lo que Hitler construye.

De nuevo Holmboe evitó traducir las partes más peligrosas de ese comentario, al tiempo que se volvía hacia Hamsun y le decía con firmeza.

—No hables de eso, ya tenemos la promesa del Führer.

Hitler comenzó una farragosa explicación sobre la lucha del destino en la que el mundo se encontraba enfrascado en ese momento, sobre la producción de armamento que aumentaba continuamente, sobre las diferentes divisiones de tanques y su gran importancia en el futuro y, por descontado, sobre el nuevo armamento secreto. Mientras hablaba sobre todo esto, Hamsun intentó interrumpirle varias veces.

Él no había asistido a esta entrevista para recibir honores ni para aprender; tampoco necesitaba reforzar su fe en la victoria alemana. Había viajado en barco desde Arendal hasta Oslo, volado desde Oslo a Berlín y de allí hasta Viena. Desde allí había volado de nuevo hasta los Alpes para terminar finalmente en Berghof, todo ello con un único objetivo: él había vinculado su nombre y su pluma a una utopía de relevancia histórico-mundial; claro que se trataba de Europa, de la reorganización internacional y de la creación de un ser humano para esos nuevos tiempos. Por eso debía intentar que Hitler comprendiera que la brutal política de ocupación de Terboven estaba a punto de

arrojar al abismo esa gran visión. Hamsun no era, como Hitler evidentemente creía, tan solo un enviado de su país en busca de un trato especial. El hombre que ese sábado 26 de junio de 1943 permanecía sentado junto a Hitler era un convencido pangermánico para quien poder librarse de un ser nefasto se había convertido en algo imprescindible. Terboven se dedicaba a falsificar la auténtica doctrina. Eso era precisamente lo que el poeta intentaba transmitirle al dictador.

Hitler volvió a repetir la buena voluntad alemana que se había puesto de manifiesto ante el hecho de que Noruega tuviese su propio Gobierno.

—Le estamos hablando a una pared—interrumpió Hamsun desesperado y preciso.

Halmboe no tradujo estas palabras; sin embargo el lenguaje corporal de Hamsun no dejaba lugar a dudas.

Los máximos responsables del partido nazi mostraban su fe en la fuerza de voluntad, en la constancia y la falta de piedad. Y allí estaba el poeta suplicando flexibilidad con una población ocupada que continuaba enfrentándose a la potencia bélica alemana. El anciano, al que de vez en cuando se le escapaban las lágrimas, le estaba rogando a Hitler que retirara el guante de hierro. ¿Acaso se había imaginado el poeta que la guerra consistía en dar discursos? ¿Cómo comparar las pruebas a las que se veían sometidos los pueblos ocupados con el peso que tenía que soportar el pueblo alemán y la sangre derramada? El Führer comenzó a exponer cuántos sacrificios le exigía esa guerra al pueblo alemán. Finalmente, el invitado logró expresar con toda claridad aquello que durante todo el tiempo había sido para él la cuestión principal:

—Creemos en el Führer pero se ha adulterado su voluntad.

Durante todas esas semanas en las que Hamsun se había estado preparando en Nørholm, en sus momentos de intimidad, debió imaginarse a sí mismo como una herramienta elegida por la Providencia. Hitler le recibiría, Hitler le entendería, Hitler haría lo que él dijera después de explicarle cómo Terboven falsificaba la auténtica doctrina del nazismo utilizando el terror y la violencia. Uno estaba casi sordo y el otro no tenía el más mínimo interés en oír. La sugestiva fuerza del discurso del dictador no impresionaba en absoluto al poeta y las palabras del poeta no impresionaban en absoluto al dictador.

Y sin embargo... Cuántas veces no había logrado Hamsun, en un abrir y cerrar de ojos, convertir la desgracia en felicidad en la vida de sus personajes literarios al brindarles ese golpe de suerte del destino. Tuvo que ser esta idea a la que se aferró durante toda la entrevista, la fe en ese golpe de suerte; pero, justo en el preciso momento en que se dio cuenta de que había perdido y, además, de lo que había perdido, abrió todas las compuertas de seguridad que le habían estado conteniendo y exclamó:

—La forma de actuar en Noruega no es correcta. En el futuro esto nos llevará a una nueva guerra.

Holmboe no se atrevió a traducirlo todo, pero sí lo suficiente como para que Hitler le dijera con voz mordaz:

—¡Cállese!, usted no entiende nada de eso.

A continuación se puso en pie y abriendo los brazos de golpe se dirigió a la terraza. Así pues, finalmente Knut Hamsun no era aquella herramienta elegida por la Providencia. Es-

taba tan emocionado que incluso lloró y no pudo despedirse del Führer personalmente. Poco a poco logró transmitirle a Holmboe:

—Dígale a Adolf Hitler: ¡Creemos en usted!

Durante la despedida se trabajó intensamente detrás de las cortinas. Hitler le pidió a Holmboe que le tranquilizara y a Hewel y Züchner les ordenó que acompañaran al invitado en el coche. Cuando el Mercedes se puso en marcha, los dos alemanes se sentaron en los asientos de atrás y los noruegos delante. Dietrich se quedó.

—No quiero volver a ver a este tipo de personas por aquí, gritó un anfitrión furioso. Dietrich se había mantenido cerca de Hitler desde la toma del poder y nunca había visto que un invitado extranjero se atreviera a interrumpir varias veces seguidas los monólogos del Führer. Tampoco nunca había sido testigo de una escena en la que alguien le contradijera al mismo Führer.

Durante el recorrido en coche hacia el aeropuerto, evidentemente Hamsun no se dio cuenta de que uno de los alemanes hablaba noruego, así que se dirigía todo el tiempo a Holmboe. En un principio estaba muy interesado en saber si había logrado transmitirle a Hitler la situación de penuria en la que se encontraba Noruega y después quería confirmar que Holmboe había traducido exactamente todo lo que había dicho. Holmboe juraba que lo había hecho así. Hamsun no le creía y le reprochó al intérprete que hubiese llevado la conversación en otra dirección.

Cuando el sábado por la tarde regresó a Berlín, de nuevo fue alojado en el Adlon en donde le aguardaba una nota comunicán-

dole que, lamentablemente, Goebbels no podría recibirle al día siguiente.

¿Era Knut Hamsun todavía un ferviente nazi, después de todo lo que había vivido en el sur de Alemania? Todo parece indicarlo así. La fidelidad que expresa por el Führer con su exclamación “¡Creemos en usted!” no era una simple fórmula de cortesía. Seguía creyendo en la sagrada misión de Hitler y del Tercer Reich: la misión de crear un mundo nuevo mejor. Hamsun continuaba siendo un creyente. A pesar de que el Comisionado del Reich, Josef Terboven, salió a recibirle a Fornebu para utilizarlo una vez más en su campaña de propaganda; a pesar de que en la prensa podía leer el gran recibimiento que le había hecho Hitler, cuántas atenciones había recibido de Goebbels y la bienvenida cordial por parte de Terboven a su regreso a Noruega; y a pesar de que delante de Tore confesó que Hitler le había dado una impresión personal agradable, claro que utilizaba demasiado el “yo” y tenía el aspecto de un aprendiz de artesano.

4. La derrota

Para todos era evidente que la guerra mundial tocaba a su fin. Arild y Tore, Marie y Knut Hamsun, que tan directamente habían apoyado al NS y a las fuerzas de ocupación, sabían que cuando la paz llegase a Noruega y a Europa, se les exigiría responsabilidad por lo que habían hecho. A comienzos de noviembre de 1944, los alemanes empezaron a quemar las provincias del Norte, Finnmark y Nord Troms. ¿Devastarían también la amada Nordland de Knut Hamsun para hacerlo después con el centro y el sur de Noruega? Cuando la tarde del 31 de diciembre

cambió todos los calendarios de Nørholm, Knut Hamsun pudo ver sin lugar a dudas la caída del Tercer Reich.

Bien entrado el mes de enero de 1945, Knut Hamsun se encontraba en el cobertizo partiendo leña, se cayó y se quedó tendido entre los trozos de leña. Pasado un buen rato pudo ponerse en pie y llegar hasta la cocina. Tuvo otro infarto cerebral. Pero no se murió. Ciertamente que mucha gente que se enteró más tarde de lo que había ocurrido lamentó que no hubiera sido así. ¡Cuánto se habría ahorrado tanto Knut Hamsun como la nación! Estaba tan desmejorado que le tenían que subir la madera hasta su cuarto; podía, sin embargo leer diarios y revistas. Se dio de baja en *Politiken* pero tenía mucha lectura para seguir las noticias sobre la agnía del Tercer Reich.

El 2 de mayo *Aftenposten* publicó con frases grandilocuentes que Hitler había caído en su puesto de mando, luchando hasta el último suspiro contra los bolcheviques. Ni una sola palabra dejaba entrever que se hubiese suicidado. La defunción fue comunicada también por radio. Tiempo más tarde, una sirvienta de Nørholm, describiría ese día de la siguiente manera:

«Era como si un rayo hubiese alcanzado a Hamsun. Estaba tan impresionado que apenas podía comprender lo que había ocurrido. Se llamó al médico que le recetó tranquilizantes. Marie era la única que parecía mantener la tranquilidad y no pasó mucho tiempo antes de que comentara que deberían enviar un telegrama de pésame a las autoridades alemanas: así lo hicieron. Knut y Marie Hamsun daban el pésame al pueblo alemán por el fallecimiento del Führer. Marie dictó el telegrama por teléfono».

Hamsun creía que esto no era suficiente, así que quería escribir una necrológica. Tan-

to el Comisionado del Reich como la Agencia de Noticias noruega, NTB, intentaron inútilmente contactar con él telefónicamente en Nørholm. La necrológica resultaba tan importante para él que se molestó en enviarle una copia al Comisionado del Reich.

Una de las últimas cosas que hizo el redactor jefe de *Aftenposten* antes de ser despedido fue enviar a la rotativa, para la edición de la tarde el 7 de mayo, ochenta y ocho palabras de Knut Hamsun que habían llegado por correo aquella misma mañana. La guerra había terminado pero en Noruega nadie lo sabía todavía, y el 7 de mayo allí estaba la necrológica, en la parte superior derecha de la primera página de *Aftenposten*. El escritor, arrodillado ante el ataúd del dictador, decía:

“Yo no soy digno para alzar mi voz y hablar de Hitler: ni su vida, ni su actividad invitan al sentimentalismo. Era un guerrero, un guerrero para la humanidad y un predicador del evangelio sobre el derecho de todas las naciones. Era un reformista del más alto rango, y su destino histórico fue precisamente ese, actuar en un tiempo de brutalidad, carente de ejemplo, que finalmente le hizo caer. Así es como el europeo occidental medio ve a Adolf Hitler. Nosotros, sus seguidores, inclinamos la cabeza ante su muerte”.

—Es un acto de caballerosidad ante la grandeza caída— le comentaría a Tore.

Era sencillamente un acto de honor. El asunto tenía dos partes: por un lado, quería mostrar su fe en la idea, y por otro, quería agradecerle a Hitler que casi hubiese logrado el objetivo. Hamsun se reconocía en el individualismo heroico, pues se consideraba a sí mismo como un ser excepcional; y ciertos ideales, relacionados con todo esto, le obligaban tanto como le liberaban de la autoafirmación. Cuando todos saltan del barco

que se va a pique, él se define como un seguidor cercano a Hitler. El derrumbe del Tercer Reich no arrasó con esa gran visión. Seguía creyendo que, de acuerdo a las leyes naturales, antes o después la vieja Inglaterra tendría que irse a pique; y que alguna vez en el futuro una nueva Alemania, triunfaría como nación líder de Europa. Los ejércitos del reino del *Kaiser* firmaron la capitulación en 1918. Las tropas del Tercer Reich volvieron a perder en 1945; y, ahora, ahí estaba él aclamando, por última vez, al Führer que casi logró poner al mundo patas arriba.

Hacia ya muchos años que las ideas políticas de Hamsun eran firmes como el hormigón. Eran inamovibles y tenían un peso específico muy peligroso porque, con el tiempo, crearon un cierto rechazo a su personalidad. No le temía al ajuste de cuentas que sabía iba a llegar, sino a las condiciones que ahora reemplazaría aquel duro tiempo de pruebas y el comienzo del milenio. El 5 de mayo de 1945 le escribió a un conocido:

“Por cierto, se diría que ya no hay futuro para nadie en Noruega. Oh, Dios, hacia dónde vamos... A mí me da lo mismo, ya soy demasiado viejo para todo. Pero nuestros hijos y nuestros nietos, toda la familia...”

El 8 de mayo Terboven se suicidó en su búnker de Skaugum, y el 9 de mayo Quisling se entregó a la policía noruega. El 23 de mayo, la pregunta que tantos noruegos se hacían y cuya respuesta perseguían incansablemente, se hizo pública por primera vez: “¿Y qué pasa con Hamsun, ese héroe de la pluma que se inclina ante Josef Terboven y que desde un punto de vista intelectual se arrodilla ante Adolf Hitler?”

Dos días más tarde llegó a Nørholm el jefe de policía de Arendal para anunciar el arresto domiciliario de Knut Hamsun y Marie Hamsun. Al cuarto día de su arresto domiciliario, Knut Hamsun le pidió ayuda a su abogada Sigrid Stray. Poco después le volvió a mandar un telegrama con una contraorden. Tal vez, Knut Hamsun fuera demasiado orgulloso y no tenía la intención de poner de relieve sus buenas acciones y arrodillarse ante los vencedores. Más tarde aseguraría haber solicitado el indulto para más de cien condenados a muerte, y las chicas del servicio de la granja dieron fe de que tanto él como Marie se habían involucrado en muchos de esos casos.

El 10 de junio, Marie fue detenida mientras trabajaba en el jardín. Cuatro días más tarde, Hamsun fue ingresado en la unidad de contagio del hospital de Grimstad, algo que, en su opinión, se adaptaba muy bien a él. Él, Marie y sus hijos estuvieron entre los 16.000 noruegos que en el transcurso de esas últimas cinco semanas, fueron detenidos como sospechosos de traición a su país durante la ocupación.

5. El juicio

El día anterior a la comparecencia de Knut Hamsun ante el juez de instrucción, a mediados de verano de 1945, se nombró el nuevo Gobierno de coalición noruego. Tanto el primer ministro Einar Gerhardsen, del Partido Laborista, como la mayoría de los recién nombrados ministros, conocían sin lugar a dudas lo que se había dicho en Moscú en noviembre de 1944.

El ministro de Asuntos Exteriores en el exilio, Trygve Lie, y el ministro de Justicia, Terje Wold, se habían reunido con Molotov, ministro de Asuntos

Exteriores de la Unión Soviética. Molotov había mostrado un odio profundo al nazismo y a todos sus simpatizantes y quiso saber qué pensaba hacer Noruega con los criminales de guerra una vez aplastada Alemania. Wold le estuvo informando y, en opinión de Molotov, el Gobierno noruego ponía demasiado énfasis en asegurar los derechos de los acusados. Cuando la conversación derivó hacia Knut Hamsun, el tosco ruso sufrió casi un cambio de personalidad. Trygve Lie relató posteriormente la entrevista:

“Cuando Wold contó que Knut Hamsun era considerado nazi y traidor, razón por lo que debería ser juzgado, el ruso se quedó muy pensativo. Molotov se comportó casi como un sentimental y pidió que se le perdonara la vida a Knut Hamsun. Un escritor que había creado *Victoria y Pan* era un artista de tales dimensiones que no se le debería tratar como un simple nazi. Además, Hamsun era tan mayor, dijo, que debería morir de muerte natural. Wold matizó que no era segura la demanda de la pena de muerte, pero Molotov seguía a lo suyo: un hombre que había creado tanto arte, debería poder vivir en paz el tiempo que le quedara”.

Entonces el ministro de Justicia noruego le respondió con una frase que tiempo más tarde se haría famosa: —*You are too soft, Mr. Molotov!*

A los políticos noruegos más importantes se les planteaba, sin duda alguna, un problema porque el mundo iba a seguir con gran interés el modo en que Noruega trataba a su ilustre premio Nobel. Hamsun seguía siendo todavía un símbolo tan importante que colocaba al Gobierno en una posición muy difícil. Seguramente ningún otro acusado por traición a la patria alcanzaría su edad, pues en el otoño de 1945 cumpliría ochenta y siete años. Tan solo Ibsen había logrado dar más popularidad a su país en el ex-

tranjero, pero nadie había caído tan bajo como Hamsun a los ojos de la gente. A través de su ingente cantidad de artículos en favor de los alemanes durante la guerra, se había convertido en el líder que había traicionado a su pueblo. Teniendo en cuenta el sentimiento de justicia que reinaba en ese momento, iba a ser completamente imposible no emprender un proceso contra él.

Ya antes del 9 de abril de 1940, había quien pensaba, y cada vez más, que la manía de Knut Hamsun por defender a Hitler y al nazismo durante la segunda parte de los años 1930 se debía a que estaba senil idea que tomó fuerza durante la guerra. A Hamsun se le odiaba pero, al mismo tiempo, la mayoría buscaba una explicación a esta traición; y llegada la primavera de paz, los diarios más importantes empezaron a subrayar su avanzada edad y su posible senilidad, añadiendo que posiblemente había sido manipulado y utilizado y que no debería ir a la cárcel, sino que había que internarlo.

Dos días después de que se publicara esta propuesta en el órgano principal del partido del Gobierno, el diario *Arbeiderbladet*, Hamsun fue ingresado en el hospital de Grimstad. El primer paso ya se había dado; el segundo consistía en saber de qué se le iba a acusar. Enseguida llegaron toda una serie de imputaciones: su afiliación al NS, llevar a cabo una tenaz propaganda a favor del NS y de los alemanes, en contra de las autoridades noruegas legales, así como el llamamiento a la desertión de soldados y marinos noruegos.

El hecho de declararse no culpable en el juicio, no tuvo que representar gran sorpresa para nadie; tan solo cuando se dio a conocer su actitud

durante el juicio hubo frentes que comenzaron a arrugarse. Evidentemente el hombre que había estado declarando no era ningún anciano senil; y eso fue precisamente lo que subrayó el único periodista presente durante el juicio. Su crónica se publicó en muchos periódicos. “El caso Hamsun” era distinto a todos los otros procesos por traición a la patria. Había sido amado como ningún otro, su obra no había desaparecido, tan solo se había guardado temporalmente en el armario del veneno como una protesta política. Quisling había envidiado todo aquello de lo que los noruegos se sentían tan orgullosos, como los históricos tiempos de grandeza. Sin embargo, durante tres generaciones Hamsun había logrado que se sintieran orgullosos de ser noruegos. El uno estaba en el mejor momento de su vida adulta; el otro era un anciano. Uno había intentado manipular a los noruegos; el otro había sido manipulado. El primero merecía ser ejecutado y borrado de la historia noruega; el otro pronto moriría de muerte natural, sin embargo había muchas cosas que le sobrevivirían.

El 20 de agosto de 1945 comenzó el proceso contra Vidkun Quisling. El fiscal pidió la pena de muerte. Hubo varios psiquiatras que sugirieron la posibilidad de llevar a cabo, por orden judicial, un reconocimiento de todos aquellos que estaban expuestos a la pena de muerte. Gabriel Langfeldt, el director de la clínica psiquiátrica de la Universidad en Vindern, se mostró especialmente indignado ante el hecho de que no se hubiera sometido a Quisling a un profundo reconocimiento. Pero nadie con poder suficiente para forzar las barreras entre

la política y la fiscalía; deseaba exponer a la nación al riesgo de que Quisling fuera declarado enfermo mental, en cuyo caso toda la operación contra el grupo de traidores a la patria podría tambalearse.

El 22 de febrero de 1946, los noruegos empezaron a discutir seriamente el “caso Knut Hamsun”. El comunicado del Fiscal General Sven Arntzens, publicado en *Aftenposten*, desencadenó inmediatamente todo tipo de opiniones. Hamsun pronto cumpliría ochenta y siete años, estaba casi sordo y según los psiquiatras tenía las facultades mentales alteradas de forma permanente, razón por la cual el Fiscal General no le había imputado los hechos por los cuales estaba acusado. En lugar de eso, el organismo correspondiente valoraría si debía exigirle una indemnización económica.

El mismo Hamsun estaba de acuerdo con los diarios que reclamaban una causa criminal.

“Soy un gran criminal y estoy furioso por la decisión tomada por el fiscal. Desde el momento en que tuvo lugar el interrogatorio ante el juez, me he declarado responsable y respondo de todo lo que he hecho. Y de pronto el Fiscal General se saca esa carta de la manga, a pesar de haber estado durante cuatro meses respondiendo por escrito a todas las acusaciones de culpabilidad, ¡y cree que debería ser absuelto o casi absuelto en un tribunal ordinario!”

Recibió una citación de la Dirección General de Indemnizaciones. De acuerdo con la llamada ley de traición a la patria y como miembro del NS, había sido declarado corresponsable por el daño que el gobierno de Quisling había ocasionado al país y al pueblo. Los economistas del estado habían calculado

el coste total en unos 283 millones de coronas; por lo tanto Hamsun debería indemnizar al Estado con medio millón de coronas correspondiente a este importe.

Cuando el Fiscal General abandonó la acusación por el auto de procesamiento criminal, Hamsun quedó formalmente libre de la prisión preventiva. No había razón jurídica alguna que pudiera impedir su regreso a Nørholm. Sin embargo él prefirió seguir viviendo en la residencia de ancianos porque era así como prefería estar ahora. Con un esmero neurótico había cultivado durante años esa peculiaridad, es decir, que cuando escribía tenía necesidad de hacerse pasar por un solitario, pobre y sin hogar. Las pocas personas que le visitaron durante la primavera de 1946 pudieron ver las condiciones en las que vivía; les daba pena su situación pero él le restaba importancia con un gesto, con un comentario intrascendente.

En los días previos al verano de 1946, fue como si un grifo oxidado en su interior hubiese recibido de repente un fuerte golpe y lo hubiesen desenroscado. Esa sensación la describió en su libro *Por las sendas donde la hierba crece*: “Destilo delicadas palabras. Soy como un grifo que gotea, una, dos, tres, cuatro...”. La certeza de que volvía a escribir de nuevo le hacía sentir una felicidad que no había tenido en muchos años. A finales de junio contaba, bastante orgulloso, que había empezado con la hoja número 47 de su manuscrito.

En la primavera de 1951, Marie había escrito un amargo artículo contando cómo Hamsun y ella vivían en la más absoluta pobreza. Se publicó en la prensa alemana y llegó a varios

diarios noruegos. Si bien era una cuestión económica, era incluso más importante para ella lograr el tipo de compensación que su marido ya había empezado disfrutar. Llegaban cada vez más indicios de que Knut Hamsun estaba a punto de ser aceptado de nuevo. Estaba casi sordo, Marie y los demás tan solo podían repetir frases muy concretas, una y otra vez y armándose de paciencia, en su oído izquierdo. Estaba ciego. A lo único que reaccionaba era a la caricia de una mano cariñosa sobre su piel o cuando Marie le colocaba un cojín. Se había convertido en un niño. De nuevo tenía que esforzarse mucho para poder conseguir una parte de la atención materna.

Murió la noche del 19 de febrero de 1952, poco después de la una. Pocas horas antes, en una carta dirigida a su hija Cecilia, Marie había esbozado ese acto final en la vida de Knut Hamsun así: «Ahora se representa y se lee a Knut Hamsun en todo el mundo y es considerado como el más grande de los autores vivos y no tenemos, de hecho, dinero para enterrarlo. Y ahí está, hecho un guñapo, en su lecho de muerte».

Así ratificaba su propia afirmación, a pesar de todo lo logrado:

“La vida es tan corta, parece una broma. Y sin embargo, a veces resulta demasiado larga.”

[Selección de *Knut Hamsun. Soñador y conquistador*. Traducción de Anne-Lise Cloetta e Inés Armesto. Nórdica Libros, 2009.]

Ingar Sletten Kolloen es periodista y escritor noruego. En 2004 recibió el Premio de los Lectores de Noruega por esta biografía de Hamsun.